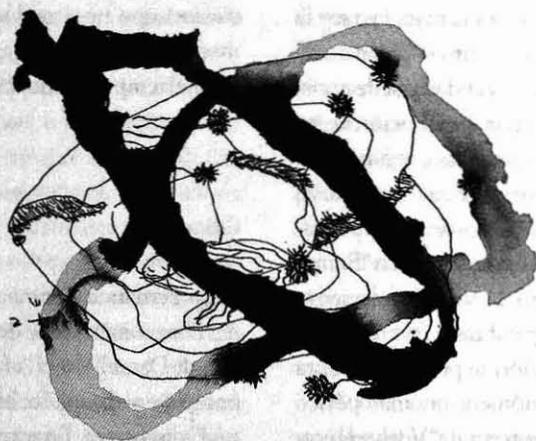


El Liceo de Barcelona, una evocación romántica

VICENTE GUARNER



Hace un año, el 7 de octubre de 1999, volvió a abrir sus puertas el gran teatro del Liceo Barcelonés, que ardió en llamas el 31 de enero de 1994. Podríamos decir que fue ésta la última vez que se incendió, porque ya antes había sufrido otro grave siniestro.

La destrucción del Liceo causó un profundo efecto en el pueblo catalán. Y es que "El gran 'Theatre del Liceo'", como se le llama en la lengua local, no sólo es el símbolo de la cultura operística catalana sino, además, a fines del siglo XIX, la catedral del buen gusto y puede decirse el santuario del paladar musical de la alta burguesía catalana.

En un principio, no se tenía la idea de destinarlo exclusivamente a la música, sino la de albergar ahí el Liceo Filarmónico Dramático de Montesión, que fue el nombre del primer teatro que lo acogió. Más adelante se le bautizó como Liceo Dramático Barcelonés, y sus cátedras de divulgación artística, inauguradas en 1838, alcanzaron tal éxito que a la Sociedad del Liceo se le concedió el local de Montesión. En 1840, dicha sociedad había crecido en

número de miembros y de importancia y contaba con una compañía de verso y otra de canto, cada una con su respectiva orquesta. Ya en 1844, el local resultaba insuficiente y se decidió construir un edificio más amplio con capacidad para 4000 espectadores. Proyectado, ampliado y levantado en 1847, sobre las ruinas del convento y de la iglesia de los Trinitarios Descalzos, en plenas Ramblas de Barcelona, lo levantó el arquitecto Josep Otríol y Mestres. Como apuntábamos, la edificación desapareció y de ella sólo quedaron, prácticamente, escombros luego del incendio de 1994. Frente a los últimos rescoldos, aún llameantes, el pueblo catalán decidió reconstruir el Liceo en el mismo lugar donde se encontraba el anterior y, además, se comprometió a hacerlo a la brevedad posible.

El catalán ha demostrado siempre, a lo largo de su historia, ser un pueblo trabajador, tenaz y cumplidor, y, así como en el siglo pasado, al edificarse el Liceo, la burguesía desplazó a la iglesia en ruinas, hoy las instituciones y las grandes empresas catalanas han desplazado a la burguesía y han hecho un teatro para todos.

Ya me imagino lo que para el orgullo de los catalanes debe de haber sido aquella primera inauguración, en la primavera de 1847, con la *Ana Bolena* de Donizetti. Después, le seguiría *La Giovanna D'Arco* de Verdi, que sólo dos años antes se había estrenado en la Scala de Milán.

Aquella alta clase burguesa, formada por empresarios catalanes, los primeros grandes industriales peninsulares, se deleitaban con la ópera italiana y, en aquel momento, Rossini y Verdi representaban, en la música del género, el colmo del buen gusto. Más adelante, se prolongaría su placer por el *bel canto* con todas las arias de Puccini, desde *Tosca* hasta la *Fanchula del Oeste*.

En 1870, la obsesión por la ópera italiana comenzó a cambiar. Los catalanes descubrieron, de la noche a la mañana, que El Paseo de Gracia y las Ramblas no habían estado nunca muy lejos de la frontera francesa, además de que contaban en su favor con el hecho de que el catalán habla, como tercera lengua, el francés. Así, muy pronto hicieron su aparición, en los programas del Liceo, los nombres de Meyerbeer y de Gounod.

El gusto por lo francés no sería permanente y dos décadas después, en 1890, Barcelona sucumbió a la fiebre wagneriana. A partir de entonces, y hasta que estalló la guerra civil, se representaban ciclos enteros del *Anillo de los Nibelungos* y se llegaba a cantar el *Parsifal* en catalán.

Mi padre, que era un gran melómano —yo diría que su gusto y sus conocimientos musicales lo habían hecho casi un musicólogo—, iba en su juventud al Liceo, acompañado de un capitán de fragata que estudiaba con él en la Escuela Superior de Guerra, con las partituras de las óperas, que ambos seguían con el oído y en el pentagrama. Mi padre, durante un primer destino de oficial en las Islas Baleares, había estudiado en sus ratos de ocio —que debieron de ser muchos— armonía y contrapunto con un músico italiano retirado, y, debido a su gran pasión por la música, nos obligó a sus hijos a escuchar tanto a Wagner que llegó un momento en que, si bien no lo aborrecimos, porque ello resultaría irracional, sí dejamos de oírlo, aunque nunca hayamos podido prescindir del acto

tercero de los maestros cantores o de la muerte de amor del Tristán, que nunca dejará de conmovernos.

Cuando llegó la guerra civil, había en Barcelona muy pocos espectáculos. A causa de los bombardeos, protagonizados por los *junkers* y los *donitz*, era peligroso ir al cine, a las escasas salas que funcionaban, y mi padre nos mandaba, a mi hermano y a mí, todos los domingos al Liceo, cuyas funciones eran vespertinas. El ordenanza nos entregaba en la entrada a los dos niños, uno de ocho y otro de cinco años, y la acomodadora nos llevaba al palco que mi padre tenía reservado por su posición dentro del gobierno de la Generalitat de Catalunya. El repertorio no era muy variado. Un domingo representaban *Carmen* y al siguiente *Marina*, del maestro Emilio Arrieta, que por su formación romana nunca abandonó su culto al italianismo. *Marina* se inscribe en un género donde se confunden la ópera y la zarzuela. Las dos obras se turnaban invariablemente de un domingo a otro. Con nuestros escasos años podíamos repetir "Cette fleur que tu m'avais donné" o "Dans les ramparts de Séville" de memoria, y ya no se diga aquello de "Si Dios hubiera hecho de vino el mar/ de vino el mar/ yo me volvería pato para nadar/ para nadar", de *Marina*. Pero, lógicamente, al cabo de cuatro meses suplicábamos que ya no nos llevaran al Liceo los domingos. He sabido con los años que la ópera *Marina*, representada en el Liceo en forma rutinaria, era la favorita de Francisco Franco, lo cual resulta muy curioso, y que la escuchaba con gran frecuencia. Así se explican —aunque ello parezca poco significativo— las inmensas contradicciones de la guerra civil española.

Para esta reinauguración del 7 de octubre último, se escucharon vibrar los acordes de *Turandot* de Puccini. Ésta es la ópera programada para la temporada de 1994, al terminar las representaciones de *Matías, el pintor*, de Hindemith. No es tampoco de extrañar que sea una ópera italiana la que inaugure dicha temporada. Cuando se examina el pasado del teatro y el pretérito gusto de los catalanes, aun cuando nadie duda que las preferencias cambian con el tiempo, resulta explicable

que, de un día a otro, renazcan las inclinaciones del siglo pasado por la ópera italiana.

La afición del pueblo catalán por la música siempre ha formado una parte indivisible de su sentir y de su orgullo. Además del Liceo, Barcelona cuenta con otros centros de música instrumental como el Palau de la Música.

Construir el Liceo, en cinco años, ha sido una obra magistral. Lo han embellecido y modernizado y, sobre todo, lo han hecho mucho más cómodo. Para el catalán, representa un hábitat simbólico. Así

como los borgoñeses, cuando en la Edad Media comenzaron a hacerse ricos con el vino, construyeron uno de los primeros hospitales del mundo, el Hôtel de Dieu de Beane, Cataluña, en el momento en que se levantaron las grandes fábricas y se crearon importantes empresas, construyó el Liceo.

Ahora, cuando los franceses ya casi no van a la ópera Garnier, sino a la ópera Bastille, y los ingleses casi abandonaron el Convent Garden, Barcelona ha hecho renacer, con gran orgullo, su decimonónico "Theatre del Liceo". ♦

